La noche de Guayaquil

Por Ricardo Rojas

"Vida de San Martín, el Santo de la Espada"

Apenas iniciadas en la costa y la sierra del Perú las operaciones que ya he referido, San Martín dirigió su pensamiento a Bolívar, que luchaba en Colombia con heroísmo admirable. Ambos paladines no se conocían aún personalmente, aunque habían estado a punto de encontrarse en Cádiz y en Londres, antes de empezar sus respectivas hazañas. En 1820 el destino llevábalos a un encuentro forzoso y San Martín, presintiéndolo, envió desde el Perú su saludo al hermano caraqueño, felicitándolo por sus triunfos, en la generosa solidaridad de una misma empresa.

Desde Bogotá, el 10 de enero de 1821, Bolívar escribió a San Martín, contestando aquel saludo: "Este momento lo había deseado toda mi vida; y sólo el de abrazar a V. E. y el de reunir nuestras banderas, puede serme más satisfactorio. El vencedor de Chacabuco y Maipú, el hijo primero de la patria, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios; pero éllos le honran, porque son el testimonio más brillante de su bondad y propio desprendimiento."

"Al saber que V. E., ha hollado las riberas del Perú ya las he creído libres, y con anticipación me apresuro a congratular a V. E., por esta tercera patria que le debe su existencia. Me hallo en marcha para ir a cumplir mi promesa de reunir el Imperio de los Incas al Imperio de la Libertad. Sin duda que más fácil es entrar en Quito que en Lima; pero V. E. podrá hacer más fácilmente lo difícil que yo lo fácil y bien pronto la divina Providencia que ha protegido hasta ahora los estandartes de la Ley y de la Libertad, nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano".

Seis meses después de esta carta, San Martín entró en Lima, y desde allí auxilió fraternalmente a Bolívar, que aún permanecía en Colombia, sin que sus tropas hubieran logrado entrar en Quito, a pesar de ser esto más fácil, como lo decía aquella carta.

Mientras San Martín triunfaba en el Perú, las legiones colombianas bajaban del Norte hacia el Ecuador, mandadas por Sucre. Este General de Bolívar y la Junta de Guayaquil después de la derrota de Huachi piden auxilios al argentino, y San Martín envía al Coronel Andrés de Santa Cruz con 1.622 hombres, entre los que marchan varios jefes y cuerpos argentinos. Salen de Piura estos auxilios, atraviesan el río Marcara, llegan a Saraguro, el 9 de febrero de 1822, se incorporan allí a las tropas bolivarianas y concurren a las victorias de Río Bamba el 21 de abril y de Pichincha el 24 de mayo. Como consecuencia de estas victorias decisivas, logróse la rendición de Quito y la capitulación de Aymerich, poco antes jefe poderoso. Tan im-

portante fué en esta campaña la cooperación de San Martín, que Sucre, Ministro de Guerra de Bolívar, escribíale el 28 de febrero de 1822: "Al levantar nuestros pabellones sobre la torre de Quito, el Perú, su Gobierno y V. E., que tan poderosamente han ayudado a nuestra empresa, merecerán nuestra eterna gratitud".

Poco antes, Bolívar, el 23 de agosto de 1821, estando en Trujillo, habíale escrito a San Martín: "Después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V. E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra. ¡Quiera el cielo ue los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú!, pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aún a mirarlo".

Tal era la situación ventajosa de San Martín en el Perú, después del paso de los Andes y de las batallas de Chacabuco y Maipú, cuya repercusión continental advirtió Murillo en el Norte y reconocen los historiadores españoles. En aquellos primeros meses de 1822, San Martín ocupaba Lima y parte de la sierra, el Callao y toda la costa, con 8.000 hombres, Bolívar no era sino el vencedor de Colombia, única tierra que efectivamente ocupaba, y ésto, después de varias alternativas de la revolución en su país. De ahí que Bolívar en vísperas de Pichincha y Río Bamba no tiene el poder ni el énfasis que adquirió después.

Al penetrar las armas de Colombia en el Ecuador, San Martín y Bolívar iniciaron comunicaciones más claras y directas. La necesidad de un apoyo recíproco pareció indispensable a los dos. Sin tratados expresos, San Martín unió sus armas a las de Bolívar, enviándole tropas auxiliares y entre estas los Granaderos a Caballo, que eran sus predilectos, los mismos que tan lucidamente actuaron en Río Bamba y Pichincha, victorias que abrieron la entrada de Bolívar en Quito y Guayaquil. Agradeció el jefe colombiano el contingente de los que llamó "los libertadores del sud". "A quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas". Por decreto del 18 de junio de 1822, Bolívar reconoce que el Gobierno de de Colombia es deudor de una gran parte de la victoria de Pichincha" y pide se dé a las fuerzas que lo han auxiliado, el sobrenombre de "Granaderos de Río Bamba". Cinco jefes argentinos se hallaron en aquel combate y entre ellos Juan Lavalle, a quien San Martín formó desde niño, cuando en 1812 lo incorporó a su regimiento en Buenos Aires. Bolívar, agradecido, mostrábase dispuesto a que el ejército de Colombia marchase a donde lo llamaran su hermanos del sud: así se lo comunicó a San Martín en junio, San Martín contestó esa comunicación en términos igualmente fraternales:

"Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú. El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente.

Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda disponer, a fin de acelerar la campaña y no dejar mayor influjo a las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú así como las de éste han contribuído a plantar el pabellón de la República en el sud de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad los haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos".

No ha olvidado la América, ciertamente, el día en que ambos héroes se abrazaron, pero los resultados fueron bien diversos de los que San Martín se propuso obtener cuando en la entrevista de Guayaquil quiso fijar las bases de la cooperación prometida.

Desde comienzos de 1822, San Martín proyectaba esa entrevista con Bolívar, deseoso de concertar una cooperación "en grande", a fin de poner término a la guerra. Quería esta alianza para abreviar la campaña y asegurar el triunfo de acuerdo con sus métodos de certidumbre estratégica, ya aplicados en Chile. En enero, San Martín, con el objeto de encaminarse a Guayaquil para acercarse a Bolívar, delegó el mando del Perú, en Torre Tagle, y formuló estas notables declaraciones: "La causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa".

No hay en estas palabras referencia alguna a la anexión de Guayaquil, no planteada aún; ni a formas de gobierno, para América, que San Martín no menciona siquiera. Sus propósitos al buscar la entrevista, no son de político ni de legislador, sino de soldado. Desea terminar la guerra en concierto con Bolívar y para eso busca la entrevista con él.

Su intento de visitarlo en febrero de ese año quedó postergado, y cuando en junio se embarcó en el Callao a bordo de la Macedonia, para conferenciar con Bolívar, éste no se hallaba animado de los mismos propósitos cordiales de ha cuatro meses; la situación militar y política había cambiado también. Después del triunfo de Pichincha y de la ocupación de Quito, Bolívar entró en Guayaquil; sentíase más fuerte y con disposiciones menos simpáticas acerca del hermano argentino.

La goleta Macedonia, a cuyo bordo iba San Martín, entró por las bocas del Guayas, navegando aguas arriba, hasta la isla de Puná, donde se detuvo para anunciar la llegada del ilustre viajero.

La isla de Puná había pertenecido al Imperio del Cuzco: fué anexada por el Inca Huayna Capac después de la conquista de Quito. Cuando en la Isla reinaba un feroz cacique llamado Quinballa, Huayna Capac vino a Puná, abolió en ella los sacrificios humanos, y estableció el culto del sol.

Acompañaba a San Martín su ayudante de campo, don Rufino Guido y ondeaba en el mástil, la insignia del Protector. Finalizaba el mes de junio, que en aquella zona sin inviernos, a dos grados apenas del Ecuador, es una estación de día templados. El sol ardiente y las lluvias tropicales, mantienen la vegetación lujuriosa y el aire emoliente en su tibieza. Bajo la luz ecuatorial, el agua de la tubería coruscaba en escamas de púrpura y de oro; la flora ribereña de árboles carnosos reflejaba su tórrido verdor en la densa corriente; entre los ramajes de la isla saltaban papagayos y otras aves multicolores. San Martín, desde su nave, contemplaba con su ojo de pintor aquel exhuberante paisaje, tan diverso del de las pampas argentinas. El Uruguay—"el río de los pájaros"—y su nativo Yepeyú—"lo que está en sazón"— no tenían rincones tan lujuriosos, a pesar de sus nombres, y los Andes cuyanos que él había atravesado para venir hasta el trópico, eran ciclópeo amontonamiento de rocas desnudas. El alma austera del peregrino habíase moldeado en aquellos troqueles, nó en estos otros de lúbrico sensualismo y de ostentación teatral.

Pocos días antes de anclar en Puná la Macedonia, Bolivar había llegado de Quito y Guayaquil y acababa, como por acto de conquista, de anexar a Colombia estas provincias ecuatorianas. Tal acto de fuerza arbitraria era un hecho imprevisto y una contrariedad en los planes de San Martín. El hubiera preferido que Guayaquil y otros pueblos del Ecuador, hubieran conservado su autonomía, que años más tarde recobraron, o que hubieran dispuesto de libertad para decidir democráticamente sobre sus propios destinos, como ocurrió en todos los pueblos de su hazaña. El hecho era por el momento irreparable y, aunque lo disgustara, la actitud de Bolívar, debía entrevistarse con él, para decidir sobre las más urgentes operaciones de la guerra único propósito del viaje.

En las Cartas del Libertador, publicadas por el Gobierno de Venezuela, hay comunicaciones de Bolívar a Santander en que aquél confiesa el carácter militar de la incorporación guayaquileña, a pesar de las apariencias democráticas de que se la revistió. Quito y Guayaquil habían pertenecido al Imperio de los Incas y al Virreinato del Perú. La incorporación a Colombia se votó en presencia de las tropas colombianas. San Martín, que había ayudado como se ha visto a la liberación de aquellos pueblos, habría preferido que el problema de jurisdicción se postergara hasta que terminara la guerra o que se resolviese con las debidas garantías. Un partido local apoyaba las miras sanmartinianas. Bolívar no quiso esperar; pero el tiempo ha dado la razón a San Martín, puesto que el Ecuador es hoy una nación independiente.

Es cosa comprobada que José de Olmedo y otros prohombres de Guayaquil estuvieron en comunicaciones con San Martín, desde 1820, para

la revolución que allí se realizó en contra del Rey; que Cochrane favoreció en el puerto con su escuadra aquellos movimientos de los patriotas ecuatorianos; que Luzuriaga y Guido intervinieron en la gestión de auxilios militares; y que cuando San Martín entró en Guayaquil fué ovacionado entusiastamente por el pueblo, lo que despertó los primeros celos de Bolívar. Pero Guayaquil pertenecía a Colombia cuando San Martín llegó.

Al entrar Bolívar como conquistador militar en Guayaquil, sus agentes secretos, para halagarlo en sus vanidades, pusieron arcos de triunfos por la calle de su entrada en la ciudad y sobre los arcos esta leyenda:

"A Bolívar, Libertador de Colombia. Rayo de la guerra. Iris de la paz".

Avisado Bolívar de que San Martín estaba en el Guayas, le dirigió el 25 de julio una carta llena de lisonjas personales, invitándolo a bajar a la ciudad "para poder abrazarlo en el suelo de Colombia". Esta expresión dejaba de paso establecido que Guayaquil pertenecía a su imperio colombiano, no pudiendo ya el huésped sino rehusar la invitación a aceptar el hecho consumado. La zalamera epístola de Bolívar, se ha conservado en el archivo de San Martín, y dice lo siguiente:

"Con suma satisfacción, dignísimo amigo, doy a Vd. por primera vez el título que ha mucho tiempo mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo y este nombre será el que debe quedarnos por la vida porque la amistad es el único título que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión. Tan sensible me será que no venga a esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no dejará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que venga Vd. de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar? No es posible. Yo espero a Vd. y también iré a encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como Vd. dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que amaba sólo por la opinión, sólo por la fama".

San Martín, que conocía a los hombres y que no era sensible a la adulación, leyó sin ingenuidad esas frases melosas, tan diversas de las que él solía emplear. El hubiera preferido la conferencia a bordo de la Macedonia: bajar a Guayaquil era reconocer la soberanía colombiana impuesta por Bolívar. Bien veía en todo éllo la red maquiavélica que tan amablemente se le tendía; pero él había venido del Perú, no a plantear conflictos, sino a allanarlos, y decidió bajar a tierra, confiando más que en habilidades cortesanas, en la simple franqueza de su carácter.

Concertado el desembarco, la Macedonia levó anclas en Puná y prosiguió al día siguiente por el Guayas hasta Guayaquil, en cuyo malecón lo esperaba una multitud entusiasta. Era el 26 de julio de 1822. Sobre la costa

verde resplandecía al sol el caserío del puerto que aquella visita haría tan famoso en la historia de América. Bolívar envió dos edecanes para saludarlo en su nombre y ofrecerle hospitalidad en la mansión que le había preparado para el alojamiento.

Cuando Bolívar y San Martín se encontraron, aquél lo saludó con estas palabras:

—Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín.

Ambos próceres se abrazaron ante las aclamaciones del pueblo que contempló esta escena a las puertas de la casa preparada para residencia del viajero, y los dos subieron juntos las escaleras de la casa. Había entre los guayaquileños dos bandos latentes: el de los autonomistas, adicto a San Martín y el de los anexionistas, adictos a Bolívar; aunque la opinión no podía manifestarse libremente. La anexión a Colombia ya proclamada por Bolívar era un hecho consumado en presencia de la fuerza. La visita de San Martín, cuyo objeto ignorábase, creaba sin embargo una general espectativa.

Cuando hubieron entrado al salón, Bolívar presentó a sus oficiales, entre ellos Mosquera, que después fué general. Hallábase también allí el Almirante Blanco Enalada, argentino que comandaba la escuadra libertadora surta en Guayaquil; y Guido, y el argentino Manuel Rojas, Secretario de la Legación del Perú. Algunos de estos personajes, pudieron observar escenas de las que han dado testimonio a la posteridad, pero ninguno de éllos asistió a las conferencias que San Martín y Bolívar realizaron luego secretamente. La reserva de sus coloquios ha despertado la curiosidad y la inventiva de muchos cronistas, pero la historia debe precaverse de éllos porque nada oyeron.

En el primer momento San Martín recibió la visita del Cabildo y las corporaciones que fueron a presentarle sus saludos, según la costumbre hispanoamericana de esa época. Una diputación de señoras llegó a ofrecerle el homenaje de las damas de Guayaquil, y de entre aquéllas se adelantó una joven muy hermosa que, acompañando el acto con su sonrisa más seductora, ciñó a la cabeza del grave San Martín, una corona de laureles de oro. Esa niña llamábase Carmen Garaycoa, era hija de una dama estrechamente vinculada a Bolívar, y pertenecía a una familia de Guayas, a una de cuyas mujeres Bolívar llamaba "La Loca" y a otra "La Gloriosa", como se lee en las cartas que les escribía. No cabe duda de que la intempestiva ceremonia, tan adecuada a los gustos sensuales de Bolívar como contraria al temperamento ascético de San Martín, debió ser maquinada por aquél. Estas coronaciones y ofrendas femeninas reflejaban el genio bolivariano, hecho de reminiscencias clásicas y de sentimientos románticos cuya teatralidad excitaba las imaginaciones.

San Martín representaba en su austeridad un tipo nuevo de paladín, ajeno a esas tradiciones y a ese ambiente. Acaso, con malicia, pudo pensar mismo espíritu maquiavélico que inspiró la carta del día anterior. De ahí

que el inesperado homenaje era una celada para probarlo, sugerida por el que San Martín, verdaderamente desconcertado, sólo acertó a quitarse con sus propias manos la corona; y como esa pudiera parecer una descortesía a la linda guayaquileña que se la había puesto con tanta inconciencia y gracia femeninas, sólo acertó a balbucear:

—Yo no merezco esta demostración. Otros hay más dignos de élla. Pero conservaré el presente por el sentimiento partiótico que lo inspira y por las manos que lo ofrecen, ya que éste es uno de los días más felices de mi vida.

Quitábase ahora la corona de oro, el que después Chacabnco se quitó en Buenos Aires la corona de flores que en su cabeza pusieron otras manos femeninas.

Se ignora si realmente San Martín conservó la corona de laureles de oro: no se la ha hallado al menos entre sus reliquias, ni hay noticias de que, al dejar Guayaquil, la llevara consigo. De todos modos no la necesitaba quien, no sería Rey ni gustaba de la pompa cesárea. Más bien, en los años de pobreza que siguieron a sus de triunfo, pudo trocarla por el pan del destierro...

Conluídas las salutaciones, Bolívar y San Martín se encerraron, para conversar sin testigos. Cuando se abrió la puerta, Bolívar se despidió con aire meditabundo. San Martín lo acompañó hasta la escalera y unas horas después fué a pagarle la visita en su residencia. En esta hablaron nuevamente a solas, por breves instantes. Al día siguiente, 27 de julio, San Martín volvió a visitar al Libertador en su casa y conferenciaron desde la una de la tarde hasta las cinco en secreto. Es posible que en este largo coloquio se ratificaron las actitudes planteadas y ya resueltas en las dos breves conversaciones del día anterior; pero no hay acta en que se haya protocolizado lo que allí se dijo. Cuanto se ha referido, mucho tiempo después, fragmentariamente, por presuntos testigos y glosadores parciales, carecen de toda validez, como versión literal de los diálogos. Se sabe, sin embargo, y de buena fuente, que ambos interlocutores guardaron hasta donde les fué posible guardar, la reserva caballeresca a que se obligaron por consideración recíproca y por patriotismo. Esta reserva y las pasiones contemporáneas favorecieron intencionadas invenciones, para servir intereses de región o de partido, y no fué el menos audaz en la ficción de tales fábulas, treinta años después, el general Mosquera, amigo de Bolívar, cuando éste y San Martín ya habían muerto. Pero vivía entonces en Buenos Aires el general Guido que acompañó en Guayaquil a San Martín, y lo desmintió diciendo que ni él, ni Mosquera, ni nadie, habían oído lo que se habló en las conferencias.

Aunque no se han conservado las palabras que allí se dijeron, podemos inferirlas porque conocemos las actitudes de ambos interlocutores. Tampoco falta la confesión de ellos mismos, y esta es la mejor fuente para restaurar la escena. Si hubo conflicto en Guayaquil, éste consistió, no en el antagonismo de dos doctrinas, sino en la diversidad de dos temperamentos.

De aquellas conferencias resultó la preponderancia de Bolívar y la eliminación de San Martín.

Desde las conversaciones del día 26, San Martín había resuelto su retiro. Así debemos afirmarlo, porque el 27 a la mañana dispuso que su equipaje fuera llevado a bordo: estaba ya dispuesto a embarcarse esa misma noche, de regreso al Perú. La larga conferencia del 27 en casa de Bolívar, fué una visita de despedida, y lo que en élla se hablara debió ser insistencia en lo que ya se tenían dicho, más los informes que San Martín pudo dar sobre la situación militar, pues Bolívar iba a quedarse sólo en el escenario de América, para concluir la guerra sin la presencia del hombre a quien trató como un rival, no como a un hermano de sacrificios y de glorias según en la carta del 25 se lo anunció hábilmente para hacerlo bajar a tierra y abrazarlo "en el suelo de Colombia", como la carta decía.

La brevedad de la entrevista confirma su carácter exclusivamente militar. San Martín no era hombre de perderse en divagaciones sobre sistemas de gobierno en semejante ocasión. Estos y aún la misma ocupación de Guayaquil, nada importaban frente al tema previo de la cooperación militar propuesta en su carta, antes de emprender el viaje. En la conversación con Bolívar la propuso de nuevo, lacónicamente, sobre la base de la situación estratégica reducida a números, y Bolívar se negó a la cooperación. He aquí todo, como lo documentaremos más adelante. Por eso fué tan breve la entrevista de Guayaquil, a pesar de sus vísperas halagüeñas.

A las 5 de la tarde, concluída la conferencia del 27, pasaron a la mesa: Bolívar había preparado un banquete, seguido de baile, para despedir a su huésped. A la hora de los postres, Bolívar, que tenía a su lado a San Martín, invitó a los comensales a ponerse de pie y, parándose él mismo, alzó su copa y brindó de esta manera:

—Por los dos hombres más grandes de la América del Sud: el General San Martín y yo.

Este brindis afirmaba una verdad que la historia ha confirmado; pero descubría la soberbia desembozada de Bolívar, a lo que no tardó en hacer inevitable contraste la palabra virtuosa de San Martín, cuando retribuyó aquel brindis con el suyo:

—Por la pronta conclusión de la guerra; por la organización de las diferentes Repúblicas del Continente; y por la salud del Libertador de Colombia.

Los dos hombres geniales que no habían podido entenderse en la reciente conferencia por la diversidad de sus temperamentos, acababan de desnudar sus almas distintas, en las expansiones de un banquete.

Si no dispusiéramos de otros documentos más explícitos, esos dos brindis nos darían la clave para descifrar el secreto de Guayquil; en éllos se descubre la soberbia de Bolívar y el desinterés de San Martín.

El uno es un César que prolonga en América la estirpe de los conquistadores europeos, desde Alejandro, hasta Napoleón, guerreros de filia-

ción homérica; el otro es un abnegado misionero, sin predecesores en la historia, que crea el molde de un nuevo heroísmo, dando en él su personificación más genuina al genio civil de la revolución americana. Si algunos predecesores pudiéramos atribuir a San Martín, éllos pertenecen al linaje de los santos armados para cumplimiento de un misión.

Después del banquete, realizóse el baile; alegrías que nunca faltaron en las etapas de la epopeya americana. San Martín asistió a la fiesta como abstraído, ya ausente en espíritu. El dionisíaco Bolívar, a la par de sus oficiales, bailó desenfrenadamente. Antes de medianoche, aquéllo iba tomando los caracteres de una bacanal, en un entrevero deslumbrante de antorchas y escotes. San Martín dijo entonces a Guido:

No puedo soportar este bullicio: vámonos.

Acompañado amablemente por Bolívar, a quien nunca más volvería a ver, San Martín salió sin ser notado y ambos se dirigieron al puerto. Iban con San Martín su ayudante y un ayudante del Libertador colombiano. Al alejarse pudieron todavía oír, en la noche tropical, las músicas y risas de fiestas.

Bolívar despidió a San Martín obsequiándolo con su retrato. Era el gesto del ególatra, que San Martín retribuyó desde Lima, con otro gesto revelador: no le mandó de Lima su retrato, sino sus pistolas y su caballo.

Llegaron al desierto malecón en medio de las sombras, el farol de la Macedonia ardía en las aguas tenebrosas del Guayás. El cielo del Ecuador extendíase indiferente sobre los Andes ante aquél absurdo antagonismo del Norte contra el Sud. San Martín despidióse del ayudante que lo había acompañado hasta a bordo; la goleta se hizo a la vela aguas abajo, rumbo a las costas del Perú.

Mientras navegaban entre las lujuriosas riberas, San Martín dijo a Guido:

—El Libertador nos ha ganado de mano...

¿Qué entendía decir con ello San Martín? Su interlocucor, a quien se debe la anécdota, la amplía a su modo. San Martín era a veces hombre de frases enigmáticas. ¿Referíase a la cuestión de Guayaquil, en la que habíale "ganado de mano" por la anexión a Colombia? Tal vez. ¿Referiase a que le había "ganado de mano" en la dirección de la guerra para proseguirla él sólo? Quizá. Ambas cosas acababan de ocurrir, y por ellas San Martín había resuelto retirarse de la escena. Bolívar lo sabía ya, y ese era el secreto de Guayaquil. Regresaba San Martín al Perú con ese terrible secreto; la próxima abdicación; actitud que tan mal habrían de juzgar sus contemporáneos y que tantas polémicas habría de mover en su posteridad.

¿Pero de qué habían hablado San Martín y Bolívar en esa entrevista de Guayaquil? ¿Qué se habían dicho y por qué se habían separado tan rápidamente? ¿Por qué se retiraba San Martín de la escena americana, dejando en apariencia trunca su propia obra?

La respuesta a esas preguntas hállase en una carta que San Martín escribió a Bolívar, para él sólo. La historia conoce hoy esa carta que fué

publicada por el Capitán Lafond de Lurcy, de la marina de Francia. Con élla el secreto de Guayaquil se desvanece, y se descifra el enigma de su desenlace, sobre el cual habré de dar, en otro capitulo, pormenores concluyentes.

Apenas llegado al Perú y obviadas las primeras dificultades de su regreso, San Martín quiso ratificar a Bolívar lo que venía de decirle personalmente, acaso para documentar y justificar su propia actitud. Desde Lima, confidencialmente, escribióle la extensa carta que sigue y que asombra tanto por su lucidez como por su ecuanimidad. Sólo un hombre superior pudo escribir aquel excepcional documento:

Epístola de San Martín a Bolívar. después de Guayaquil

Lima, 28 de agosto de 1822.

"Querido general: le escribiré no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América".

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes, con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme y que aún en el caso de decidirse, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la República, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy persuadido de que si manifestase sus deseos sería acogido con unánime aprobación desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y que el honor de ponerle término refluirá sobre Vd. y sobre la República que preside".

"No se haga Vd. de ilusiones, General. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas, son equivocadas: ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres y, de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que Vd. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por Puertos Intermedios no podrá conseguir las ventajas que debian esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo inde-

finido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que sean cuales fueren las viscisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que la prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males".

"En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación, me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a Vd. venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse".

"No dudando que después de mi salida del Perú el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que Vd. no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a Vd. una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a Vd. de alguna utilidad su conocimiento".

"El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimiento, estoy seguro lo hará acreedor a que Vd. le dispense toda consideración".

"Nada diré a Vd. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, general, que le diga que creí no era nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América".

"He hablado a Vd. General, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia."

"Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a Vd. una escopeta y un par de pistolas juntamente con mi caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita Vd. General, esta memoria del primero de sus admiradores".

"Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea Vd. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

José de San Martín.

Como se ve por esta carta, la cuestión entre San Martín y Bolívar se redujo al plan de cooperación militar para terminar la guerra: Bolívar se negó a ello, rechazando aun la propuesta de San Martín de ponerse bajo sus órdenes. San Martín decidió entonces su renunciamiento para evitar un conflicto, y se alejó sin incurrir en un solo gesto que no revele su magnanimidad. No es sino una leyanda, pues, todo lo que se ha dicho sobre un desacuerdo en cuanto a formas constitucionales.

Los enemigos póstumos de San Martín han pretendido hallar un cargo contra su gloria en las veleidades monarquistas que le atribuyen. Si el héroe de la emancipación americana hubiera pensado en tales cosas seriamente, es un error que podríamos perdonarle, porque habría obedecido a sugestiones de su época, y eso en nada empaña su heroísmo porque nada hizo para imponer tales opiniones. Se ha dicho que en el Perú pretendió coronarse Emperador; y ésto le imputan los mismos que lo acusan de haber gestionado la coronación de un príncipe europeo. ¿Cómo conciliar ambas intenciones? La sugestión monárquica que hicera al Virrey La Serna en la conferencia de Punchauca, fué, como el propio San Martín lo afirmara después, una simple artimaña para terminar la guerra.

Veremos luego que San Martín convocó al Congreso Peruano antes de retirarse del país, cuando renunció al protectorado. Hizo entonces como fundador de aquella República lo que había hecho en Chile cuando éste se constituyó democráticamente, y lo que antes había hecho en el Plata, cuando promovió la reunión de la Asamblea Liberal de 1813 y cuando promovió la declaración de Independencia por el Congreso de 1816. El presunto desacuerdo con Bolívar en Guayaquil sobre cuestiones constitucionales, carece de toda prueba y es tan absurdo atribuirlo al monarquismo de San Martín, cuando idéntico cargo se ha formulado después contra Bolívar. Lo cierto es que San Martín mostró siempre despego por su predominio personal y que en las tres naciones de su empresa libertadora, su espada sirvió a los principios democráticos. Si hay algún documento en que San Martín haya propuesto la implantación de una dinastía, ya sabemos que eso no tiene sino el valor de una estratagema diplomática o militar, según él mismo lo dice; en cambio abundan actos y opiniones del héroe que comprueban su respeto por las instituciones libres y su absoluto desinterés personal. Pero si estas reflexiones no fueran de por sí convincentes, debemos atenernos a la versión que de la conferencia de Guayaquil hizo el mismo Bolívar a Santander en una carta que dice de San Martín: "No quiere ser rey". Sobre este punto insistiré, con abundantes pruebas, en otro capítulo.

Al volver a Lima, San Martín lanzó una proclama dando cuenta de la entrevista con Bolívar en términos que ocultaban la verdad de lo ocurrido, a fin de salvar el prestigio de quien debía sucederlo:

"Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del Sud de América. Fué uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar".

Tratábase de un pequeño auxilio de 1.400 colombianos que Bolívar habíale prometido como retribución de los que San Martín le prestara en la guerra de Quito.

Los auxilios, sin embargo, fueron ofrecidos con embarazosas condiciones, como la de que esas fuerzas dependerían directamente de Colombia, de modo que ésta en cualquier momento podría retirarlas: y aún se retardó el cumplimiento de la promesa.

¡Cuán distinta había sido, pocos meses antes, la generosa actitud de San Martín, cuando concurrió con sus fuerzas a las acciones de Río Bamba y Pichincha! Si acaso conocía los Comentarios de Garcilaso, habría podido recordar las sentencias del sabio Inca Pachacutec: "Mejor es que otros, por ser tú bueno, te hayan envidia, no que la hayas tú a otros por ser tú malo". "El varón noble y animoso es conocido por la paciencia que muestra en las adversidades". "El que procura contar las estrellas no sabiendo contar los ñudos de las cuentas, digno es de risa". Pero si San Martín no "recordaba" tales sentencias del Inca, debemos creer, por su conducta, que no las ignoraba.

Al partir para Guayaquil, San Martín había delegado el mando en el peruano Torre Tangle, y cuando regresó tuvo el desagrado de saber que su ministro Monteagudo había sido depuesto en un reciente motín. Monteagudo, amenazado en su vida, salió del Perú y fué a refugiarse en Quito. Estos sucesos, si bien debilitaban la posición política de San Martín en Lima, no pueden ser considerados como causa del retiro del Protector, puesto que traía desde Guayaquil definitivamente resuelto su retiro.

Mucho se ha discutido sobre todo ésto, desde aquellos mismos días de 1822. Pasiones y fantasías alimentaron la intriga secular, dando a las conjetura una dialéctica de pleito y un interés de novela. Pero el enigma ya no existe. La abdicación de San Martín es un acto de santidad laica tan sin precedentes en la historia, que se le buscan explicaciones complicadas o subalternas, porque su sencilla grandeza excede las medidas usuales del heroísmo militar.

El motivo del desacuerdo entre Bolívar y San Martín, no fué la ocupación de Guayaquil ni el plan constitucional, sino tan sólo la cooperación militar de ambos campeones. La eliminación de San Martín que dejó a Bolívar sus tropas, y la cordialidad de San Martín con Bolívar, en la entrevista y después de ella explican el regocijo con que el Libertador escribió a Santander después de la entrevista, como en otro capítulo lo veremos.

La alianza del ejército del Norte y el del Sud, era indispensable para la rápida terminación de la guerra. Esta premisa es evidente, pero Bolívar no aceptó su consecuencia, ni aún bajo su propio comando, como San Martín se lo propuso. No quedan en tal caso otras perspectivas que la ineficaz acción aislada, o el conflicto de ambos jefes, o la eliminación del más abnegado, que le dejó al otro su ejército. Esto último es lo que ocurrió.

El héroe de la espada es milenariamente un ser de espíritu excluyente, de voluntad egocéntrica y de pasiones imperiosas. San Martín no lo era, pues no buscaba el mando cesáreo, ni la gloria personal. Lo dijo desde que llegó de España en 1812 y lo repitió en 1820 y en 1821, varias veces. El vino para servir a la independencia de América, y esa fué su misión. No sintió el patriotismo díscolo de las varias regiones del Continente, sino un vasto amor continental. Hombre de armas en tiempo de

armas, sirvió con sus armas; pero su inteligencia pitagórica lo defendió de pasiones espúreas y no quiso parecerse a Alejandro, ni a Alcibíades, ni a Filipo, ni a Darío, ni a Jerjes, ni a Solón, ni a César, ni a Pompeyo, ni a Carlomagno, ni a Napoleón. No quiso ser en América el conquistador, ni el legislador, ni el sátrapa, de las antiguas epopeyas o leyendas. No es tipo homérico, sino otra cosa nueva y más grande: San Martín refunde el espíritu de Marco Aurelio en el temple del Cid. Es el intérprete de un continente nuevo, de un genio nuevo, de una creación nueva. Hay en él más del bracmán que del chatria, o hay de los dos, porque es "un iniciado"; maestro que gobierna sus apetitos y está más allá de él y de su tiempo. Es un asceta del patriotismo, un estoico de la victoria. Por eso no se comprendió su actitud después de Guayaquil. Pero hoy la comprendemos; ella corona la hazaña heroica con ese acto de virtud que inicia en la vida de San Martín una tercera jornada, la del renunciamiento, que ya no pertenece a la epopeya de América sino al magisterio de la humanidad.

Tomado de la "Vida de San Martín". páginas 294/312.

El Gobierno de El Salvador y la Unión Centroamericana en 1846

Al Señor Ministro de Relaciones
del Supremo Gobierno de Costa Rica (*)

Sonsonate, julio 25 de 1846.

Por la comunicación que tuve la honra de dirijir a ese Ministerio con fha 15 del corriente, se habrá impuesto el Gefe Supremo del decreto que, con fha 13 emitió el Gobierno del Salvador, declarando al Estado, en el de sitio. Un hecho tan notable como este; que no eceptuaba el lugar destinado para punto de reunion de la Dieta; lo vi como el golpe mas bien meditado, para volver ilusoria esta medida, en que habian convenido todos los Gobiernos; y como ultrajante de la dignidad del de Costa Rica; causas por las que me creí obligado a pedir declaraciones; y al efecto diriji la nota, que en copia acompaño marcada con el número 1º, a la que se me contestó, lo que verá U. de la carta original que lleva el número 2º.

La categorica confesión que hace el Ministerio, del olvido que se tuvo de la Dieta y el lugar en que debiera reunirse, al tiempo que se emitió el citado decreto de 13 de julio, manifiesta claramente, lo poco que pesaba este suceso en el animo del Senador Presidente que lo dictó; y se acaba de corroborar esta acerción, con la presencia de sus dos Representantes en aquella misma Ciudad, ya se considere con su espreso consentimiento, ya

(*) Archivos Nls.—Gobernación.